

CAPITULO XVI.

El pecado de Eva.



EL lado de las escenas que tenían lugar entre los españoles y los mexicanos, sucedían otras íntimas familiares, por decirlo así, de las cuales no debemos privar á nuestros lectores, porque no hacemos una historia árida y severa, sino que ampliamos la de la conquista de México, recogiendo los detalles que los historiadores han dejado á un lado, como de escaso interés.

Marina, que habia educado su alma en el trato de los españoles, entusiasmada al ver que poseía el amor de un héroe, de un hombre como Hernan Cortés, cuyo prestigio habia llevado á cabo tan portentosas hazañas, se sentía dominada por una inmensa ambición.

¿Quién hubiera dicho que la pobre niña, que arrojada con su familia por los españoles de Santiago de Cuba, se creía dichosa al haber hallado un asilo en tierra extranjera?

¿Quién la hubiera dicho que más tarde, despertando una pasión en el alma de un hijo del sol, no habia de contentarse con ser la favorecida del héroe?

Porque, en efecto, Marina, que habia acompañado paso á paso á los españoles, que ni por sueños habia pensado en poder ser en México objeto de consideración, abundando en las ideas ambiciosas de su amante, consideraba como su bello ideal la conquista de aquel imperio, para ser en él soberana estrechamente unida para siempre con su amante.

Ignoraba Marina los lazos que le ligaban á Hernan Cortés, y le impedían que realizase sus proyectos.

Ni siquiera se le habia ocurrido imaginar que hubiese amado á otra mujer antes de haberla conocido á ella.

Pero no por eso dejaba de sentir celos cuando alguna india le parecia capaz de poder fascinarle.

Ya hemos visto cuál fué la conducta que observó respecto á Guacalcinla.

Después de haber soñado tantas venturas, la idea de perderlas, la idea de no realizarlas, producía en su alma un inmenso pesar.

Hé aquí por qué razón instintivamente iba formando en torno de Hernan Cortés una especie de lazo, para que en ningún tiempo, ni por ningún motivo, pudieran disiparse sus esperanzas.

Durante la ausencia de Hernan Cortés, Pedro de Alvarado, que sentía una especie de humillación al ver que Marina le dominaba, quiso defenderse de aquella dominación y al mismo tiempo vengarse de sus desdenes, sembrando en su alma la desconfianza.

Hubo un momento en el que, conversando los dos, tuvo Alvarado la oportunidad de despertar sospechas en el corazón de Marina.

—¿Cómo me has engañado! le dijo.

—¿Engañarte yo! ¿Por qué dices eso?

—Me aseguraste un día que no amabas á Hernan Cortés, que deseabas vengarte de él.

—¿Y quién te ha dicho que te engañaba?

—Pues qué, ¿no hemos llegado á México? ¿No has tenido ocasión de realizar aquellos planes que fingías?

—¿Por qué no lo has realizado?

—No ha llegado el momento.

—Ni llegará nunca, porque la verdad es que tú amas á Hernan Cortés.

—Y si así fuera, ¿podría alguien oponerse á este amor?

—¿Tan dueña de él te crees?

—Figúrate por un momento que le amo, y no lo dudarás.

—¿Y quién te ha dicho que él corresponde á tu amor? ¿Quién te asegura que no eres para él un pasatiempo, un capricho, una ilusión?

—Si yo quisiera le tendria en mi poder.

—Hoy estás tú en el suyo.

—Nada más fácil para mí, si quisiera, que ser su esposa.

—Y ¿quién te ha dicho que Hernan Cortés no tiene en su patria una esposa, que impidiera que tú lo fueses?

Marina no contestó.

Era la primera vez que pensaba en aquello.

Herida como por el rayo:

—No hablemos de eso, dijo.

Y se separó de Alvarado.

Pero desde entónces no cesó de sentir aquel dardo de las palabras imprudentes de Alvarado.

Con el objeto de tener un buen espía, se habia mostrado sumamente afable con Ilbialbi.

Este, que prendado desde el primer momento de la hermosura de la jóven, no se habia atrevido á imaginar que pudiera ser objeto del aprecio de Marina, al ver la insistencia con que le buscaba y la confianza que hacia de él, llegó poco á poco á soñar en poder conseguir su amor, y de ilusión en ilusión llegó hasta hacer á Hernan Cortés la confianza y la súplica que recordarán nuestros lectores.

Marina le dió al partir con Hernan Cortés, cuando el caudillo salió en busca de Pánfilo de Narvaez, el encargo de observarle de cerca y de decirle todo cuanto descubriera referente á su persona.

Ilbialbi supo por los soldados de Pánfilo de Narvaez, y principalmente por Iñigo, que Hernan Cortés tenia una esposa y un hijo.

En tanto que el jefe de los españoles conversaba con sus capitanes para averiguar los motivos que habian impulsado á Pedro de Alvarado á atacar á los mexicanos, Ilbialbi y la jóven india conversaban tambien.

Marina preguntaba á su confidente todo lo que habia sucedido á Hernan Cortés desde su salida hasta su llegada.

Ilbialbi refirió á la jóven todos los episodios del viaje, la sorpresa que habia preparado Hernan Cortés para atacar á su enemigo, los pormenores de la batalla y el triunfo que habia puesto á sus órdenes las tropas de su contrario.

Despues de entusiasmar á Marina con esta relacion:

—Tambien he averiguado, le dijo, una cosa que va á sorprenderte; porque ni tú ni yo habíamos pensado en ella.

—¿Cuál? preguntó la jóven.

—Hernan Cortés tiene en su país una esposa y un hijo.

Marina se inmutó.

Pero conociendo que no debia descubrir su secreto á Ilbialbi, convirtió á sus ojos en sorpresa lo que habia sido indignacion.

En efecto; aquellas noticias confirmaban las sospechas que habian despertado en su alma las palabras de Pedro de Alvarado.

Si eran ciertas, Hernan Cortés la habia engañado miserablemente.

Pero ¿cómo renunciar á su amor?

Marina se retiró, y lloró su amargura.

Ilbialbi estaba dispuesto á revelar su secreto; pero ella se separó de él de una manera tan brusca, que le dejó consternado.

—Aguardaré, se dijo Ilbialbi, frotándose las manos con la mayor alegría.

Entre tanto, Marina se desesperaba, sin saber qué partido tomar.

Temia y deseaba pedir explicaciones á Hernan Cortés.

Preocupado el caudillo con los cuidados que la situacion exigia, despues de separarse de sus capitanes para reposar, se ol-

vidó de Marina, y al día siguiente, la misma preocupacion le hizo no echar de ménos su presencia.

Muy temprano, subió á la azotea de su palacio para observar la actitud de sus enemigos.

Todo estaba en silencio.

Más que una ciudad, parecia un cementerio la capital del imperio mexicano.

¿Qué significaba aquella conducta?

¿Dónde estaban los mexicanos?

¿Qué planes eran los suyos?

Un hombre como Hernan Cortés no podia permanecer tranquilo sin saber á qué atenerse, é inmediatamente ordenó á Diego de Orgaz que saliera con cuatrocientos hombres, en su mayor número tlaxcaltecas, á reconocer las calles próximas al cuartel, para observar á los mexicanos y provocarlos al combate, si era preciso.

Instantáneamente fueron cumplidas sus órdenes.

Aunque aquel movimiento de exploracion le arrebatase algunos soldados, era preferible esta pérdida á la ansiedad de la duda.

La jornada era peligrosa.

Veamos lo que sucedió.

CAPITULO XVII.

Otro combate.



Los tlaxcaltecas, avisados, era tal el deseo que tenían de combatir con los mexicanos, á quienes profesaban un odio tradicional, que se aprestaron gustosos á obedecer el mandato de su jefe.

Diego de Orgaz, completamente identificado ya con Hernan Cortés, y resuelto á ayudarle en la empresa que habia acometido, para dar ejemplo á su jefe, se puso á la cabeza de la columna con diez soldados, y entre ellos uno de los recién llegados, que debia aquel día enaltecer su nombre hasta el punto de que la historia lo conservase á la posteridad.

Detrás iban los cuatrocientos tlaxcaltecas, armados con sus flechas, mazas, y lanzas.

Salieron por la puerta principal del palacio, y anduvieron toda la calle sin encontrar obstáculo de ningun género.

Las puertas estaban cerradas y no se oía el menor ruido.

Atravesaron los puentes, y al entrar en la calle que conducia directamente á la plaza de Tlatelulco, tuvieron que detenerse.

Desde las azoteas de aquella calle dispararon sobre ellos multitud de flechas, quedando heridos no pocos tlaxcaltecas.

—¡A ellos! gritó Diego de Orgaz.

Lezcano, que este era el nombre del soldado á quien nos hemos referido ántes:

—Si no entramos en las casas y no arrojamos de las azoteas á los enemigos, dijo, nos van á acribillar.

Sin aguardar orden de sus jefes, seguido de dos ó tres españoles y de unos cincuenta tlaxcaltecas, penetró en una casa, subió con su gente hasta las azoteas, y allí sostuvo con los mexicanos de aquella banda un combate reñidísimo.

Los tlaxcaltecas, por su parte, hicieron prodigios de valor. Pero Lezcano, que era en extremo corpulento, admiró á sus compañeros.

Colocado cerca del pretil de la azotea que daba á la calle, arrojó su arcabuz y quedó indefenso para invitar á los mexicanos que se acercasen á él.

Apénas se acercaba uno, lo cogía con sus hercúleos brazos y lo arrojaba á la calle.

Hasta diez arrojó de esta manera.

Miéntas que esto pasaba, se reunieron en la plaza de Tlatelulco más de cincuenta mil mexicanos, armados y dispuestos á luchar.

Era inmenso el griterío que armaban aquellos hombres, porque no se atrevían á avanzar hácia los españoles, al ver que los dispersaban con los arcabuces, y querían al ménos amedrentarles con sus gritos.

El griterío llegó á oídos de Hernan Cortés, quien saliendo á ver lo que pasaba, dió orden á Orgaz para que se retirase con su gente, toda vez que ya sabía el número de combatientes con quienes tenía que luchar y la actitud que presentaban.

En la refriega quedaron muertos más de trescientos mexicanos y unos cincuenta tlaxcaltecas.

Apénas se retiraron los españoles, volvió á reinar el mayor silencio, lo que hizo creer á Hernan Cortés que no estaban todavía resueltos los mexicanos á dar la batalla.

Por lo que pudiera suceder, puso centinelas dobles, y envió algunos soldados con destacamento de Tlaxcaltecas en busca de provisiones á los alrededores de México, para que si le sitiaban no padeciesen hambre sus soldados.

Apénas tomó estas medidas, reunió á sus capitanes.

—Anoche, les dijo, creía posible la paz, y la deseaba. En vista de lo que hoy ha pasado, la creo de todo punto imposible.

--Tal es nuestra opinion, contestaron todos á la vez.

—La situacion de los mexicanos ha cambiado de aspecto. Están desesperados, y acaso, no solo contra nosotros, sino contra su soberano; razon por la cual es necesario estar en guardia y economizar nuestras fuerzas, porque á juzgar por lo que he visto, están resueltos á atacarnos.

—En la plaza de Tlatelulco, dijo Diego de Orgaz, habia más de cuarenta mil hombres.

—No importa su número si logramos atraerlos á campo raso, porque en la ciudad seria perjudicial para nosotros el combate. Desde las azoteas pueden dispararnos sus flechas á mansalva, y librarse de nuestras balas. Por de pronto, tenemos que renunciar á la paz.

—Tanto mejor, dijeron todos.

—Pláceme veros animados á consumir la obra que bajo tan buenos auspicios hemos emprendido.

Con nuestros mil soldados y el auxilio de los tlaxcaltecas, no hay que temer.

Aunque intentasen asaltarnos, sus esfuerzos serian inútiles.

De cualquier modo, tomadas las precauciones para evitar una sorpresa, no tengo más remedio que celebrar una conferencia con Moctezuma, para decirle cuál es la situacion en que se encuentra su imperio y la necesidad que tiene para salvarle de recurrir á la fuerza.

Aplaudieron todos esta determinacion, y Hernan Cortés pasó inmediatamente al aposento de Moctezuma.

Más habia sufrido el emperador de México en aquellas veinticuatro horas que habian trascurrido, desde la llegada de Hernan Cortés, que desde que habia empezado su cautiverio.

Habia sido leal, habia cumplido su palabra, habia preferido

los españoles á los mexicanos, habia faltado á todos sus deberes de rey por no malquistarse con aquel hombre que tanto le fascinaba: todo lo habia sacrificado al afecto que profesaba á su aliado.

Hernan Cortés, en cambio, le habia mirado con desden, le habia ultrajado.

¡Oh! En el colmo de la desesperacion, Moctezuma se habia olvidado ya de su antiguo esplendor, de su corona, de su cetro, de su familia, de sus ricos palacios, y no tenia más que un pensamiento fijo y un sentimiento que laceraba su alma.

—He sembrado beneficios, se decia, y recojo ingratitud.

En vano trataron sus servidores de calmarle.

Su aficcion no hallaba consuelo.

Hernan Cortés abarcó en la primera mirada la situacion de ánimo en que se hallaba Moctezuma.

—Perdonadme, le dijo, si ayer os traté con poca cortesía.

Poneos en mi caso: yo ignoraba los motivos de la lucha que habia tenido lugar entre los mexicanos y los españoles.

Sabia que aquellos habian obligado á mis soldados á guarecerse en el cuartel.

No podia imaginar que os hubiese faltado fuerza para contener á vuestros vasallos.

Hoy ya sé todo lo que pasa, y ya no es el aliado sino el amigo el que viene á veros.

Estas palabras sirvieron de algun consuelo á Moctezuma.

—¿Me haceis justicia? le preguntó con acento melancólico.

—Sí; he sabido por mi capitán don Pedro de Alvarado que habeis hecho los mayores sacrificios para contener á vuestro pueblo, que os habeis negado á asistir á la fiesta de los mitotes, y no puedo ménos de mostraros mi gratitud, porque nada me importa que vuestros vasallos sean díscolos, sean rebeldes: mientras yo cuente con vuestra amistad, fuerzas me sobran para contenerlos y castigarlos.

—¡Ah! Hernan Cortés, dijo Moctezuma, nunca creí que los dioses me reservasen días tan amargos como los que paso.

Y quedó un momento como abismado en sus reflexiones.

—¿Qué hé hecho yo? añadió despues el monarca profundamente conmovido. ¿Qué he hecho yo para merecer tantas desdichas?

He dado á mi pueblo días de gloria como mis antecesores; he estado al frente de mis ejércitos en cien combates, y en todos ellos he dado pruebas de mi valor; he hecho justicia á mis vasallos; y mi voluntad, ¡qué mi voluntad! mi más leve capricho se cumplia inmediatamente por todos.

Habeis venido; os he abierto mis brazos, os he hospedado en mi territorio, he sido vuestro amigo, he cumplido con mi deber, porque érais descendiente del gran Quetzalcoatl; y sin embargo, mis consejeros me han abandonado, mis vasallos se rebelan contra vosotros, que sois mis amigos, ó lo que es lo mismo, contra mí.

¡Ah! Yo no puedo vivir de esta manera. Devolvedme la palabra que os he dado, dejadme salir solo.

Yo iré á buscar á mis vasallos, yo les hablaré, yo sofocaré el odio que sienten hácia vosotros, y si ya he perdido para con ellos todo el prestigio, si no me obedecen, al ménos pereceré en sus manos.

La muerte es preferible á la angustiosa situacion en que me hallo.

—Eso no, yo mismo hace poco he tenido ocasion de comprender á fondo cuáles son los deseos de los mexicanos.

¿Para qué he de ocultároslos?

Son completamente hostiles á nosotros. Ya no reconocen vuestra autoridad; ya no sienten en su alma más que el deseo de destruirnos.

Si vos saliérais á calmarlos, seriais su primera víctima, y yo no puedo consentirlo.

Pero por la misma razón de que todo lo que sufrís es consecuencia de la amistad que nos habeis brindado, de los beneficios con que nos habeis favorecido, yo tengo el deber de castigar á los rebeldes, y los castigaré sin contemplaciones ningun género, obligándoles á reconocer en vos la suprema autoridad de la nación; porque no estaria bien, ni vos lo hariais, dejar solo á la merced de una nación apasionada y hostil al hombre que ha perdido por nosotros el ascendiente que tenia sobre su pueblo.

—Yo estoy seguro de que cuento con bastante influencia para obligar á los mexicanos á que renuncien á esa lucha tan dolorosa para mí.

—No lo creais. Están desesperados. Os profesan un inmenso rencor. Solo las armas pueden obligarles á retroceder, volviendo á aquellos dias venturosos en los que nos trataban como amigos bajo vuestro imperial dominio.

Insistió de nuevo Moctezuma en que no se rompieran las hostilidades; pero Hernan Cortés le demostró hasta la evidencia la imposibilidad de la paz, y el pobre monarca, que ya no era más que un autómeta:

—Nada puedo deciros, exclamó; haced lo que gustéis.

CAPITULO XVIII.

El plan de los mexicanos.



URANTE el resto del dia, y por la noche, permanecieron silenciosos y retirados los mexicanos.

Al dia siguiente indicaron algunos centinelas que habian visto á lo léjos grandes masas de hombres armados, que desde el campo entraban en la ciudad con el mayor sigilo.

No habia duda.

Los enemigos se preparaban á luchar, y se preparaban para vencer.

Hernan Cortés envió la mitad de sus tropas con los dos mil tlaxcaltecas á una llanura próxima, para ver si los mexicanos acudian y se resolvía la cuestion.

Estuvieron todo el dia aguardando, y á la noche se retiraron, sin que nadie hubiera acudido á su provocacion.

Por más que hicieron, no pudieron saber los preparativos que hacian para el ataque los mexicanos.

Al anoecer estaba desesperado Hernan Cortés, porque ignoraba los planes de sus adversarios y los medios con que contaban, y no podia averiguarlos sin arriesgar la vida de sus soldados, en el caso de que los enviase á la plaza de Tlatelulco para explorar el terreno.

—Daria cualquiera cosa, exclamó de pronto, por conocer á fondo los planes que meditan los mexicanos.

—Yo puedo complacerte, dijo Marina.